Primaria, decisiva e inaprensible

Marian Raméntol



PRIMARIA, DECISIVA E INAPRENSIBLE

Marian Raméntol

La Náusea ediciones

PRIMARIA, DECISIVA E INAPRENSIBLE
Autor: Marian Raméntol
Editorial: La Náusea Ediciones
Colección E-Book

Edición electrónica 2015

La Náusea Ediciones.
http://lanauseaservicios.blogspot.com
https://www.facebook.com/lanauseaediciones
Contacto: lnausea@gmail.com

A Omar Crosa,
por tanto y más.

PRÓLOGO

MARIAN RAMÉNTOL: EL YO ORGÁNICO

Si mal no recuerdo, fue Ortega y Gasset quien nos previno del modo siguiente: «Toda realidad que se ignora prepara su venganza.» Lo dijo desde lo hondo de una de sus queridas disciplinas —la sociología— que por entonces, por los años en que Ortega transitaba, comenzaba a dar sus primeros pasos como ciencia atisbada y todavía más hondamente estudiada por el historiador Max Weber, quien, a la sazón, si se definía como un sociólogo [era] «sobre todo para exorcizar el fantasma todavía vivo de los conceptos colectivos.» Sabíamos ya que el concepto enfrentado a esta postura, el concepto de individualidad radical (*el ego ipse*) frente a un Estado social en germen, había sido notablemente avanzado en el siglo anterior al de las afirmaciones orteguiana y weberiana por el maestro de enseñanza primaria Johann Kaspar Schmidt, cuya personalidad ocultaba bajo el más conocido pseudónimo de Max Stirner. Se me dirá quizá que a qué viene todo esto que acabo de citar y responderé en seguida que, en la misma medida en que lo negamos o lo ignoramos; eso, por un lado. Por otro, que toda exorcización de los «conceptos colectivos» ha de comenzar necesariamente por un análisis del individuo en medio del maremágnum social. Sé que, desde el punto de vista puramente literario, el símil funciona mejor cuanto más alejadas se encuentran la imágenes o los conceptos de los términos comparados. Y sé que el uso de esa estrategia retórica avanza con paso más seguro en la poesía. Por lo tanto, y aunque Marian Raméntol no acuda adrede a la preceptiva poética en ese punto similar, su poesía, sin embargo, tiene mucho que ver con una realidad que se ignora (la ignora su consciencia) y con una exorcización originada asimismo en la subconsciencia. La realidad se le echa a Marian encima con cierta violencia, pero su reconocimiento constituye la respuesta que la poesía dará a la expectativa de quienes encuentran en la palabra un ejercicio colectivo, un concepto que supera por fin lo individual para inscribirse en lo ecuménico.

La realidad de Marian es el dolor; su exorcización es el trance a partir de una llamada al interior desde el exterior verbal: la

liturgia es, naturalmente, la palabra; su forma, la abducción por una voz otra que está más allá de su realidad inmediata: esa voz se encuentra en medio del éxtasis del tormento, es una especie de *medium*, una suerte de chamán por medio del cual aquello que en principio es inmaterial (el dolor) adquiere forma tangible: la tangibilidad material de la palabra, de manera que lo inmanente deviene contingente o, como diría el arúspice romano: *in corpus animus est*. Citaré al Virgilio de la Eneida para que se me entienda mejor: «*mens agitat molem*» (= 'la mente mueve el cuerpo'). Naturalmente, toda esta movilización interior que busca en el lenguaje chamánico su forma verbal se debe a un actor, a un yo activo (Marian, sin ninguna duda), a un ego *escriptor* que funda su carácter en la tradición lírica, pero que rompe esa morfología porque cede la palabra no al yo mismo, (no *al ego ipse* que citábamos al comienzo), sino al yo Otro, al *medium* que también citábamos, que en él habita y que le transfiere ese lenguaje adherido a la irracionalidad de una psique soberana que, siendo el mismo (y él mismo), se constituye en el auténtico Otro.

Ha dicho Paul Valéry que *La douleur est musique* (= 'el dolor es música'). En esta hipérbole escapista hay mucha verdad, pero también hay truco porque el mago ha empleado semejante atributo con finalidad exclusivamente retórica cuyo naipe se ha desvanecido henchido de belleza. No será así en Raméntol; si hay belleza, no hay, en cambio, trampa ni cartón en su criptomnesia verbal; no hay doblez; no hay carta en la manga y, sin embargo, hay misterio. *Primaria, decisiva e inaprensible* desborda enigmas, pese a que —paradójicamente— este *corpus* sea para la poeta una concluyente epifanía, una revelación metódica residente en un constante conjuro verbal. Es cierto: su mente mueve su cuerpo porque en éste reside indefectiblemente el ánimo que lo empuja.

Podría extenderme en la pura morfología; en catalogar recursos como la personalización de la materia y de los conceptos (una cabal prosopopeya); en la extensísima colección de imágenes que la combinación léxica de Marian Raméntol acopia en sus poemas; también podría referirme al sesgo irracional de la sintaxis que confiere .a los poemas unafisonomía hermética; a la profusión adjetiva; al raudal de referencias simbólicas que desbordaría sin dudarlo los

márgenes lógicos de esta exégesis modesta; o, en fin, a la abundancia de paradojas que necesariamente ha de contener un verbo autónomo no sujeto por la brida de la razón.

Pero no lo haré. Me interesa más, mucho más aquel Yo presente, inequívoco, consciente a veces de ser él y suplantado otras por el Otro, o por los Otros. Me interesa, pues, la polifacies de la poeta y ese empeño por hacer del lenguaje metalenguaje, por hacer de sí síes, por multiplicarse casi celularmente y darse nombres, y preguntarse cuáles, y el porqué.

«Donde la luz picotea mis posibilidades» es un poema que puede tomarse como modelo antonomásico de ese yo múltiple y, por tanto, polifónico que expresa la trascendencia de uno de los contenidos más y mejor caracterizados desde una posición inteligentemente poética: sumergirse en el propio dolor y en su desolación orgánica. Ese Yo es un Yo orgánico en la medida en que la hondura y las superficies del dolor son relativas al cuerpo, a los distintos órganos y morfologías anatómicas del cuerpo. Hago notar que a lo largo de los cincuenta y ocho poemas que contiene *Primaria, decisiva e inaprensible* he registrado trescientos treinta y cuatro sustantivos (sólo sustantivos; es decir, que excluyo la semántica contextual y otras categorías gramaticales) pertenecientes a la anatomía humana, a una anatomía cuyos enunciados a veces descriptivos son, naturalmente, susceptibles de un análisis patológico; pero —¡ojo!— susceptibles de un análisis preventivo desde su raíz: *pathos* (= 'pasión') tan cara a la poesía, que es, a la postre, de lo que estamos hablando. En este sentido, podemos referirnos a una poesía antropomorfa que se opone una poesía ontológica; una poesía de la carne que encuentra su *onthós* precisamente en la profundidad de lo físico, sobre —pero principalmente bajo— la piel; fuera, en la dermis escalofriante, pero dentro, en la entraña, en lo recóndito, en lo invisible. Esta invisibilidad, empero, tiene voz, se deja oír, grita, llama la atención, la demanda, la exige como tributo y, a la vez, como materia de su existencia real: el dolor es su cuerpo de la misma manera que su *onthós* aristotélico, la

mens virgiliana o el *animus* del arúspice es lo que progresa a lo largo de una propuesta poética hincada en una realidad metamórfica.

En veintinueve ocasiones aparece la raíz mort- (y su evolutivo diptongo -ue-) en los cincuenta y ocho poemas del libro; es decir, esa muerte mortal está presente en el cincuenta por ciento de los poemas. Y ello tal vez porque, en efecto, somos sin duda seres para ese fin, o porque la escritura es el reflejo de nuestra progresiva caducidad en el cronoespejo, o —quién sabe— porque es la única certeza impresa en nuestro código genético e introduce en aquel almacén de nuestra psique remota ese aviso inviolable que deja únicamente al azar la ejecución de su verdad literal. Sea como fuere, Marian Raméntol nos da en *Primaria, decisiva e inaprensible* una, entre otras, lección de asunciones: no es menuda la del padecimiento; es crítica la de la oposición de los contrarios en un mismo receptor que es, a su vez, emisor; es contemporánea e inscrita en la perspectiva de la mejor modernidad la constatación de un Yo vario, diverso, múltiple; y es inquietante la de la extinción.

Démosle la bienvenida. Celebrémoslo.

M. Martínez Forega
Zaragoza, febrero 2015

Primaria

INFINITA, PERFECTA Y CON LA SANGRE CANSADA

A ese ser que ya siempre será de agua

Con mi cara en la póstuma curva del aire
atravieso los huesos de la vigilia,
los ojos desasidos,
para no perderme ninguno de los secretos
que guardan las vísceras de los buitres.

Así te acompañan mis venas de cáñamo
con el perfume más triste amarrado a la ventana
y los días sujetando diez dedos de goma,
como un chiste de mermelada rancia.

Te me fundes
en la arena de un piano de cola muy negro
reventada de amor y agua,
y entre las piernas
un millón de acordes de tu fuga
sueñan con morir en el próximo parto.

Cuando los dioses bajan demasiado la voz
yo sigo manteniendo el equilibrio
sobre los nombres.
Asumo el riesgo de las comas
en los límites atroces de tu huida,
porque contigo
la respiración es mucho más asequible,
mientras las nubes se encargan de ubicarte
en el mapa empapado de mis ojos.

Cada pliegue, cada mota
de esta ceniza extranjera en el pecho,
te recuerda infinita,
perfecta y con la sangre cansada.

COMO EN PEQUEÑOS NACIMIENTOS

Llevo la vida clavada en la nuca.

Erguido, el dolor se hace hombre
y abre mis piernas limonadas al verano.
Violento, el amor golpea la soledad
de mis raíces y palpita, preciso,
en los vasos verticales de mi sombra.

Como en pequeños nacimientos el aire
me multiplica, oxigena los golpes tristes
de un corazón afónico, desmantela el humo
tembloroso de mi boca, me aumenta
tendida sobre holocaustos hasta alcanzar
la ternura íntima de las nubes, el beso
domesticado de mi sangre,
el rumor de mis nombres, todo cuanto soy.

Lentamente, me piensan los sonidos
de un paisaje subterráneo, me convoca el mar
con su lengua horizontal y áspera,
me oigo arrojando la luz inservible del crepúsculo,
y mis playas se dan prisa,
corren con la cadera abierta
para tragarse mis incendios, para morder
los resquicios de mis acantilados,
para morírseme encima y florecerme.

SOLO PUEDO DARTE EL AZUL CAPAZ DE MATAR

A Marta- Nanna

He visto el color de tu alma
como estigmas de plástico
intentando envolver para regalo
un amanecer de libro,
de orilla con dedicatoria ilegible,
de beso oculto en un pasado de día sereno,
apaciblemente húmedo y solo.

Te he visto escaparte de la línea,
amarrado al borde del verso,
con todo el planeta bajo el brazo,
provocando un sarpullido en la sintaxis
de cada uno de mis cajones partidos.

Sólo puedo darte el dolor de mis ojos,
la rosa donde revientan mis edades,
cada vez más pequeñas,
un par de sueños
durmiendo sobre papel de periódico,
la mirada anónima
de la farola que me vio morir, hace ya tanto,
el ladrido de los perros, el vértigo de un dios desnudo
al saberse sin huellas dactilares, el azul
capaz de matar,
y la luz que me acompaña, indefensa.

ZURITA TENÍA RAZÓN

El amor nos creció como los asesinatos
Raúl Zurita

Se me han roto los puentes
que escondía bajo el mantel,
las cruces rivalizan con mis molares
en el repique metálico del miedo,
cavo frente a tu puerta amaneceres
donde mi percepción reniega
y me grita que no es necesario moverse
tras el último crujido, que ya lo dijo Zurita.

Nos mueren las manos, nos lloran los huesos
se interrumpen los ríos,
y nos bautizamos en la herida final
abrigada tantas veces por la luz del cartón,
por la espada de leche, por el motín de un pirata
pequeñito, que confundió una bala
con el beso del aire, y ya no le hizo falta moverse
tras el último crujido. Zurita tenía razón.

CON EL AIRE ENCADENADO AL LUTO DE LAS VENAS

Duele la piel y el ácaro que rueda
entre los huesos,
su temperatura sin flores en la boca,
como póstuma tristeza, anida en la axila
de un mundo de sangre entrecortada,
con harmónicas entre los dientes,
vidrios en el pecho,
un peine de concha en el bolsillo,
manchado de hierba grave,
margaritas de cartón,
polizontes que comulgan con la arena,
de color callado y vientre sin metralla.

Duele la cabellera de los besos
que son cintura, la caricia exacta
que le es necesaria al dolor,
el rojo confundido en la lágrima
cuando es cicatriz en los barrizales.
Del llavero de todas mis muertes,
cuelga la frontera de las manos,
mares de burbuja, frágiles desde lejos,
desenfocados, insospechables, febriles,
empeñados en poner palabras redondas
en labios viudos que se citan en la orilla.

Y duele. Duele la canción prófuga de papel
y el amarillo de las bocas, con el aire
encadenado al luto de las venas,
qué lástima da verla convertida
en una experta en herir los azules
que nunca respiran,
aquellos que perdieron el llanto
en alguna zanja,
y ahora ya no encuentran trinchera
donde apoyar la mejilla.

Deja que flote, por favor,
déjame abrazada al contagio del silencio,

con el nombre puesto, rígida de luna,
con la promesa de abrirme a la copia
en blanco y negro de mi frente,
deja que se vayan los verbos,
y el sudor de sus conjugaciones,
déjame en esta ciudad como cuchillo
y en el ruido de su corazón cuando calla.

DONDE LA LUZ PICOTEA MIS POSIBILIDADES

Suda el aire, la mañana se ha infiltrado
en mis despojos como una blasfemia,
como si un insulto vivo adulterase mi carne.

Ardo mientras me hago inacabable,
renuncio a la vida mientras crezco,
mientras subo despacio por las resonancias
imposibles de mis nombres,
y el eco de un paisaje me perfora,
devolviéndome a un amanecer profundo
donde la luz picotea mis posibilidades.

Mi abdomen es una herida gris
por donde escapan mis muertes, mis tardes
paradas sobre el pecho, la grafía de la conciencia
que inunda mis equivocaciones,
las cosas que no entiendo
y que me edifican alta y soberana sobre el lodo.

Arden también los huesos de mis paredes,
y despierto otra vez sobre un julio
que me refleja, flaca y puntiaguda,
en la solapa tachada de mi calendario.

PUEDE QUE EXISTA EL INFINITO SOBRE LOS LABIOS

Entre la boca del abismo y las mejillas
de un amarillo fúnebre,
ejerzo de enterrador en la tráquea del silencio.
Unos ojos de ceniza irremediables,
me hablan
del aire doloroso de las manos
que como cuchillos
van mondando las calles de mi perfil,
los aguaceros sin sonrisa que yacen en mi sangre
y los crepúsculos que hermanan
a mis dientes uno a uno.

Puede que exista el infinito sobre los labios,
hasta puede que éstos se desnuden,
florales, ante la carne del cielo,
quizá hasta se arranquen
la lágrima y abran la faringe
para gotear los besos
de azul inexplicable.

Quisiera tanto creer en la pasión de los osarios,
en el amor encendido de mis muertos,
podría incluso creer en mí
con las encías intactas,
pero mis ojos siguen agujereados
de noche rabiada, de ese aroma de sombra nocturna
que siempre me muere y me anuda
al final de mi cuerpo.

NO SÉ SI PODRÉ HACER UN PACTO CON LA MUERTE

Olvido el trébol que me clasifica,
necesito mover los polos e inventarme
cataclismos de esmeraldas, barcos vagabundos
capaces de abrirme la sangre,
de llenarme de tierra la respiración.

Quisiera desaparecer verde y tranquila,
con mi vientre estrenando su traje de buzo,
mientras anoto el cuchicheo de los peces
y vacío de recuerdos el paladar.
Quisiera irme horizontal
como lo hizo ella, con la partitura del azul
entre los pechos y el misterio de sus ojos
ocultando mi caminar descalzo.

No sé si podré hacer un pacto con la muerte
pero mis mares
serán campanas en mitad del tiempo
y multiplicaran los pantanos
en su nombre.

TODO SE ORGANIZA EN ESTE MAUSOLEO DE SOMBRAS Y ROSTROS FINALES.

Estamos solos en esta madriguera,
apretamos el acelerador sobre la axila del aire,
y dejamos que las vísceras del lagrimal
se traguen el cuerpo desceñido de las horas.

Las curvas peligrosas del agua
se instalan en los ojos,
con los dientes puestos y sus luces desiguales,
sospechosas de crímenes e incendios
que se abrazan largamente a la tristeza,
mientras crece la sangre en la mano
y le damos gas a la distancia inadvertida.

También se visten de musgo riguroso
los pechos de la arena, los labios del gusano,
los párpados de las letras,
su castidad blanquísima
acosada por el mar, por el mismo
mar que hunde las miradas de los besos,
abre sus venas, las chupa con rencor
y las ama con sigilo;
todo se organiza en este mausoleo
de sombras y rostros finales,
con el verde definitivamente enmohecido,
como los nombres de las promesas, como los sueños.

ENTRE LAS INUTILIDADES VERTICALES DE ESTA TIERRA

Profanar la palabra,
entrar en la composición de sus silencios
mientras la lluvia
pregona el nombre embarrado
de las estrellas, mancillarla
cuando mueren sus ojos amarillos,
debiera ser prerrogativa nuestra.

Palpar su locura dilatada, los miedos
varados en orillas y epitafios
que nos devuelven
el fracaso de bocas lluviosas
mientras montan a horcajadas sobre el poema.

Comprobar sus vergüenzas, viajar con ellas
arrastrando su sintaxis hasta la tumba,
debiera ser suficiente para comprar su luz,
porque las palabras únicas,
echan por la borda el terciopelo,
dicen la verdad a toda costa,
y somos nosotros los que,
desde la deserción del paisaje,
inventamos párpados poco doctos
entre versos de fieltro.

Quizá una más
entre las inutilidades verticales de este mundo,
pretender acuchillar la eternidad
con el perfil de nuestra lengua arcillosa.

LA POSIBILIDAD DE MI BOCA ME DERRAMA

El mar me mira intensamente,
como si quisiera incluir en mi nómina
un puñado de futuros infinitos,
pero lo que no sabe
es que yo peso las penas
sin ropa y en ayunas,
y en mi colección de miserias enjutas
los números recortados
son los que dictan el monto preciso
del auténtico olor de mi pelo.

Los perdigones de soledad siempre hacen diana
alarmando a mis cerrojos, los mismos
con los que suelo amordazar la lluvia
de dedos flacos y fantasmas en los labios.

Así que la mayoría de veces
la posibilidad de mi boca me derrama
sobre penínsulas pobladas de huesos,
bajo siglos de nervios
con su hambre de años dolorida,
y niños rígidos más anchos que el cielo,
que me duelen muy temprano.

Su eco se acuesta con la huida,
y como una bomba,
explosiona el horror y los ronquidos
y llueven noticias del suicidio de las gotas.

Cuando la vida vuelve a casa,
un arma cargada de rincones
hace prácticas de balística en mi nuca,
y sólo me queda tiempo para rozar el milagro
de un par de hoyuelos reventando despedidas.

UNA MANO RECIENTE, ME RENUNCIA Y ME ABSUELVE

Un mar no es un sudario para una muerte lúcida.
Vicente Aleixandre

Leo tu lengua, despacio, y descubro
en cada espora, entradas infinitas al infierno,
la luna sacrificada -estéril y neutral-,
alarmas en el labio venenoso,
tardes de amianto en la pupila de los peces,
sabiamente dormidos, ascetas.

Las acequias de carne incendiada
ya no hablan de auroras de betún,
ni del gris oculto en los otoños,
la piel está quieta tropezando en el silencio,
y redonda se cae de las alas, muere poco a poco
en los asalariados corazones
que deben su alimento
a la quietud de las pestañas.

La gota cae añil sobre una mano,
entera y ordenada
reparte la mentira del beso
entre un frío inexplicable.
El meñique sobre una ciudad
que rumorea el color de los gatos, el pulgar
sobre la última habitación
capaz de contradecir
la memoria de mi sudario,
los verdes proxenetas, los ecos
adúlteros de nata.

Una mano reciente
que sospecha de mi inmovilidad,
me renuncia y me absuelve.

LAS TUMBAS ABREN SUS LABIOS PARA TODOS

Un mar lapidado, con las caras de las hijas
haciendo pompas de jabón sobre el polvo
y una jauría de bocas muertas
silbando el respirar de los nombres
abandonados bajo los vehículos,
sin por lo menos la esperanza
del perdón de su sombra.

A poco más de un par de centímetros
al otro lado del párpado, otros cuerpos
tendidos en distintas carnes,
bajo distintas lunas,
esnifan corazones doblados sobre la playa,
se meriendan el aire
y se atreven a hablarnos de inocencia.

Pero las tumbas
abren sus labios para todos,
no hay paisaje
que no les quepa entre los dientes,
ni océano más alto que las lápidas,
así que mejor pegamos el dolor
al escote del cielo
y bajamos lentamente por los humos
de nuestro aliento devastado.

UNA PROFUNDÍSIMA RAJA EN EL DELTA DEL AIRE

Quisiera alejarme de esta emergencia
donde mis manos entubadas
reniegan de su maternidad,
partos que detonan el vidrio de la lluvia
mientras se coagulan los años,
junto con todas las palabras
que juegan al escondite entre los dientes.

Una profundísima raja en el delta del aire
y un horizonte muerto de sed,
desastrosamente virgen.
Triste diagnóstico
para un futuro experto en desnucar
las horas que me nacen de los dedos.

Quiero dormir
en la lucidez del frío
que llevo pegado al paladar, en el coma
de mi orgullo, en la mediterránea
luz que sostiene mi nombre,
abrazada a los murciélagos, al sonido
de las moscas bajo el vientre,
al dolor del aguarrás
sobre la tela, a las sílabas del monte,
y a todo cuanto quepa
bajo el antifaz de un beso.

SÓLO QUEDAS TÚ SOBRE LA SÚPLICA

Te beberé los labios mientras nadas tu cuerpo
en la trinchera, y nadan tus ojos sobre el limo
buscando el nacimiento de sus hijas.

La corriente lleva tu sombra a mis talones
mientras respiro las calles
que abrazan tu naufragio.
Sobre el mantel,
la alarma de esa boca morena
nombra los acentos
donde los sentidos trepan por las celosías,
nublan la distancia de dos gotas,
y apuran el oxígeno arrogante
de una frase venenosa
que chorrea sobre el tendón de un poema,
sobre el frío de un nombre asesinado
por la insolencia de un mar de fibras
que me crecen sin esfuerzo.

Sólo quedas tú sobre la súplica,
borrándome, apuntándome las sienes
con horizontes desiertos,
alineados sobre mis madrugadas,
y me construyes un invierno propio,
un fusil de palabras
con el que agujerearme.

LOS NOMBRES APERGAMINADOS QUE LE DAN UN TOQUE FLORAL A LA MUERTE

Copulan las frases,
se derraman sobre el cadáver de celulosa,
sobre la textura difícil de los sueños.

Hay un velatorio en el pasillo,
se oye la voz del pánico
arrastrando el dorso, sobando las paredes
asexuadas de palabra vieja,
con la cojera tonta de una mandíbula
descoordinada bajo la rigidez
oval de una bombilla.
Los ligamentos adjetivados
dispuestos a tensarse
por si hay que huir, por si la estrofa
se esconde demasiado
y en el momento final
nos quedamos sin un réquiem.

Los pronombres
anochecidos y peinados hacia atrás,
se ordenan tras el féretro,
pían educadamente
oraciones bajitas y se arraciman
para dejar paso a los nombres apergaminados,
que le dan un toque floral a la muerte.

Han venido todos,
es mucho el dolor desanudado que te regalan,
muchas las lágrimas que se han reunido
para tacharte la boca y abovedar tus mejillas,
para adosarse con impaciencia al corazón
e inmortalizar así tus zigzagueos.

Son muchos los que han venido
a horizontalizarte,
y tú, poema de urgencias
primaverales y despedidas viciosas,
les ofreces gustoso tu placenta.

EN CUALQUIER RINCON DE MI CUERPO

En el claustro de mi boca
escribo para arrepentirme.

Los dedos se vuelven locos
en este paisaje de charcas perpetuas
donde el barro
es de mujer cristalina
cuando te ahoga el corazón entero,
moribundo de fe y oraciones.

Entonces parezco un náufrago
de mirada vegetal, con los pies de vuelta
a los amores reunidos
en el interior de un febrero de sandalias anchas,
muy gastado de orillas y azafranes
que anda perdiendo el nombre en las olas,
en los dientes primerizos
de una ciudad en primavera, en los silencios
habitables más allá del agua, en la humildad
de una despedida pegada a los labios
o en cualquier rincón de mi cuerpo.

EL DIAFRAGMA SE CONTRAE CUANDO ENVEJECE LA NOCHE

Los alfileres de mis labios
estrenan la prudencia,
malabares sobre el cuerpo
dormido en versos póstumos.

El diafragma se contrae
cuando envejece la noche
con sus ojos de arcilla,
el mármol recoge esa misericordia
demasiado estrecha para el margen seco
que entra a golpes, hace de cuna
y mece lo que he sido sobre un papel en trance.

Frases líquidas, las huellas dactilares
de quien pasa por mis páginas
y convoca mi pasado entre tijeras.

Todo cuanto he escrito, no existe todavía.

UN POEMA INTERRUMPIDO

Duelo sin llamar, amputo la luz
hasta los ojos y lapido tus nombres,
rebano los aullidos, fracturo todo cuanto eres
para dolerte más, desde la soledad de los muros,
entre las grietas de todas las palabras
malheridas que muerden los tejados,
las puntas del mantel, la mansedumbre del pan
o la violencia de la semilla cuando brota.

Quemo desde abajo, le otorgo espíritu
al invierno que llevas en la garganta,
muero templada sobre todos
tus secretos una y otra vez,
visito tus tumbas y dispongo sus flores.

Puedo ser remota,
trigal, dolorosamente aérea, o roja
como un nacimiento.

Soy posible, tan extensa
como la cuneta donde entierras la duda,
esta duda de tu piel de eucalipto, de tus labios
exultantes, de las axilas subterráneas
que pronuncian tu sudor.

Tan amarga soy
como la fosa donde yacen tus sueños,
hiero antes de doblarte, antes de ordenar
tus miserias y escondérselas al mundo,
soy letal y te disuelvo,
las nubes paren escalofríos
cuando nos ven abrazados
sobre la soledad del verde,
llorándonos, amando el agua
que nos bautiza.

Algún día comprenderás
que soy incolora y he nacido contigo
para negarte, para ser el maestro
de ceremonia en tu metamorfosis,
anticiparme al polvo, a las ruinas
del mayor de los silencios, para abrigarte
a chispazos y cobrarme tu calor
descompuesto, tu ceguera que casi
saboreo y me hace salivarte, jugoso,
sobre un poema interrumpido.

DECISIVA

LA CONDENA IDÓNEA QUE ME ACALLE

La noche cuajada de infiernos
me doblega, pagina un abrazo sádico
para inaugurarme, clasifica mis terrores
para que aprenda la geometría del marfil,
el áureo desmayado de las losas, el latido
muscular de las palabras limítrofes
entrenadas para lavar mi cuerpo y dejarlo
a solas con el mundo.

Cada pequeño verso es una habitación
donde mi sangre descansa, una cama
estremecida donde el dolor deja secar
el vientre y traza con su piel
nuevas fronteras para pájaros,
pistas de aterrizaje para los secretos
que aún me sobrevuelan.

Al final de cada estrofa me quemo
empapada de arroyos, de lunas
soliviantadas por el frío,
y germino en los labios que verán mi muerte,
me reduzco y me penetro,
buscando en mi palabra poseída
la condena idónea que me acalle.

LA COBARDÍA DE SABERME CON LOS MÁRGENES LEÍDOS

Más allá del nudo de dos lenguas en el aire
Leopoldo María Panero.

He roto con mi vida,
por disparar a través de mis pulmones
las formas carnales de un poema,
que sólo se escribe en el dictamen
de la hendidura de mi boca.

He visto romperse el verbo
por la cobardía de saberme
con los márgenes leídos,
más allá del nudo vaporoso de dos lenguas
en la penumbra de la página,
como piedra señalando la caída de mi nombre,
sobre saliva seca,
entre vocales desahuciadas y un sudor estéril
que no sale a la calle por temor a olerme.

He visto cómo el corazón se hace frío,
con un llanto ilegal en cada mano,
me mira cobarde y se entretiene
en el surco justo del cerebro
donde un doble salto mortal significa
un paseo blando y largo
por el turbio mirador de la tristeza.

EL INDULTO DE MI GRAMÁTICA

Me reconozco libre de atardeceres,
emancipada de desapariciones y fantasmas,
eximida de todos los puntos suspensivos
que rastrean mis acantilados,
progenitores de nuestros suplicantes dientes
en cada ejecución, en cada sepultura.

El indulto de mi gramática
está implícito en el sudor del verso,
en cada patíbulo
embarazado de crímenes, en el derroche
de sábanas ilegítimas en el exilio del blanco,
todas muertas en un cajón todopoderoso,
mordidas sus puntas más públicas.

Me reconozco exceptuada de la parálisis del aire,
excluida del nacimiento de las hojas,
del desmayo de los globos de colores,
con la nuca abierta,
impuesta y condenada.

DÉJAME SER ARTERIAL CONTIGO

A Cesc Fortuny i Fabré

Haz un lazo con mi carne
y no permitas que mi cuerpo se enfríe.
Pisa mis labios, aunque sepan a caída
súbelos, haz de ellos
el lugar carnal donde quedarte.
Limpia de lluvia mi cuello
no dejes que recuerde la desnudez
de los hombros en la tormenta
que siempre llega desde el noroeste.
Aprende de memoria
las orillas de mi vientre huérfano.

Desata ahora mis párpados,
déjame subirte, recorrer despacio la explanada
de esa respiración que me moja
y me libera de los nombres convocados.

Seré tu invitada en esta mesa dolorosa
de panes tristes, crepitantes, de mantel cuadrado
que se oye en la memoria.

Déjame ser arterial contigo.

MI PASIÓN POR LA BOCA DEL ABISMO

Mis huesos están disponibles
para ese fin de semana
que hará irrevocable mi pasión
por la boca del abismo,
tan necesaria como el dolor
que vive de presentimientos,
y despacha el aire en las aceras,
los deletrea, hace inventario de los días,
del calambre de la lluvia,
y de las raíces de los relojes
que aún ignoran la edad exacta de la tarde.

Hace tiempo que mis manos llenas
no atienden a razones, rehenes
en una casa de tierra removida,
de luz sola con el mundo en su equipaje,
devoradas por el verano de unos pechos
-también llenos-
y esperando el disimulo de esa gota de agua
para poder inmolar a oscuras
el contenido grave de todas las cicatrices.

CON EL POLVO DE LAS MENTIRAS EN MI PECHO DE CLAUSURA

Las manos en ayunas,
con la quietud hervida de la incredulidad
y el talco de la leche rancia en las palmas,
todo tan falto de posibles,
tan cerrado como un apagón irresoluble,
como la mueca pequeña
de unos ojos de lluvia
que al mirar, se deshacen,
un espejismo entre el pulmón del agua
y mis paredes de plástico,
entre la cera del cielo y la peor y más antigua
de mis humedades.

Así he despertado hoy,
con el polvo de las mentiras
en mi pecho de clausura, con la penitencia
invernada en las mejillas,
desnuda de resplandores y otras libertades,
diminutamente bípeda,
misionera del dialecto de los ojos.

Escucho arrinconada
la resistencia del papel, el terror
de los nombres que saben de ceniza
y arquean la hospitalidad de las baldosas,
los centímetros de pena
que escapan por el lagrimal,
y toda la retórica de una ternura insuficiente.

No sé cómo seguir subiendo
con el mundo agarrado a mi nuca
por la espalda de estas horas categóricas
de soles y lagartos, donde mi final
empieza a sufrir de insomnio
y temo desintegrarme
en la autoridad de mis pupilas,
quizá sea otra ceguera,
otro fraude consentido, o puede que se trate
del brazo torpe de un misterio
que ha venido a bautizarme.

EN EL PRECISO ENDECASÍLABO DE UN VERSO

Tengo nombres que aún no han crecido,
intentan pronunciar la altura de los calcetines
que les muerden el orgullo, pero la primavera
instalada en sus articulaciones se lo impide,
de sus tetillas chorrean los ojos de distintos julios
madurados en los labios, los mismos que ruedan
hasta el vientre del poco mar que les cabe
en sus boquitas jóvenes;
esos nombres viven encendidos,
esperando el momento de recogerse el cabello
y perfumarse, de coleccionar la vida ignorada
bajo los puentes y salir corriendo,
enguantados los olores dentro de sus féretros,
inmóviles y diminutos
frente al desastre escondido en los márgenes,
en la silueta de una lágrima solemne.

Son los nombres prematuros,
de bocas descompuestas,
poderosamente libres
en los bolsillos desbocados,
son los que encienden las piras
y arden sobre el mar
desnucando cualquier pregunta,
cualquier método,
con toda la insolencia en las encías,
y crecen sobre el crimen alienado en la entrepierna,
sobre el músculo blanco
de esa región virgen del papel
donde escondemos la mirada, y armamos
minas salobres para escribir mejor las heridas
que aún guerrean.

Son ellos los culpables de que muramos
sin palabras, de que las canciones
nos derramen miedo abajo
y los ríos nos desconozcan,
son sus gritos sin montura
los que ceden, sin saberlo,
y nos asfixian
en el preciso endecasílabo
de un verso manirroto.

CON LA PEREZA OFENDIDA EN LAS PESTAÑAS

En ella habitan tipos con longitud de sables…
Luis Felipe Comendador

Lo invisible sobre mí
es el dramatismo de un puñado de arroz
de boca urgente, silenciosa, universal.

Ni la sombra de un perro usado
podría dormir bajo esta colosal hendidura,
espía de nuestros oídos,
con la pereza ofendida en las pestañas
y la vida escrita en papel higiénico.

El paisaje del fusil
es la patria gris de los atardeceres,
y sobre el fuego,
los pasos de baile de dos granos blancos
nos cubren de gloria.

EL SOL ES UN EUNUCO CRECIENTE

El sol vive almacenado, con los párpados flojos
y el vientre yacido sobre los hombres.

Nosotros somos su ataúd.

No hay mayor protuberancia
que el estertor de ese cielo sin cabeza
que nos alimenta de neones,
amarillea a los muertos, mastica a los vivos
y convierte el bulto que sostenemos
entre los pulmones, en el último duelo,
en la llaga de una promesa de trapo
y en unos ojos suicidas que reptan
por las piernas del día para calcinarse
entre los brazos excesivos de su luz desviada.

El sol es un eunuco creciente, y su voz
yerra el tiro cada vez que lee su nombre
sobre nuestros epitafios.

QUIZÁ TENGO DEMASIADAS PALABRAS EN LOS OJOS

Veo el muñón en las alas, la luz suicida
que trepana la inocencia y nos convence
de que es mejor subir a mordiscos por la sangre
que bajar los escalones del silencio.

La voz en miniatura
pasa rápida por los oídos,
con el cuerpo a la carrera y las manos poco hechas,
un aire *naive* resbala por la nariz de un cuadro
demasiado grande,
la saliva en la boca, quemada.

Nada ajusta en estas trenzas,
muñecas de verdad con pecas de carbón
que juegan al escondite en las empalizadas
y violan la niñez que nos vive.

Quizá tengo demasiadas palabras en los ojos,
sílabas pequeñas que no alcanzan la pared
de mi garganta, y viven en cuclillas,
con la falda huérfana y las piernas cortas,
esperando el turno
para inventar un nuevo puente colgante
desde donde practicar el salto al vacío,
sin perderse y sin tener que perdonarse.

TUS ZAPATOS SOLOS EMPIEZAN A LLOVER SOBRE EL MUNDO

Las arterias de mil maremotos
ejercen de matones y catalogan la tormenta
abrazada al cuello, pasan cuentas con la tarde,
enumeran las llagas de moho sobre los labios,
el dolor que navega en bolsitas de azúcar
exiliadas sobre una plegaria cenicienta
y la pólvora que naufraga en el cerebro.

Nadie puede elegir
esa luz de mirada bilingüe y planchada,
que pretende darnos lecciones de dicción
sobre el asombro de la sangre, sobre los ojos
sin orillas y el terror dialogado que deja siempre
el corazón humeante y los labios
a medio camino del perdón.

No sé si mueres un poco menos
cuando esperas ese abecedario enfermo
para la salvación en diferido,
esos besos en miniatura, orquestas de canela
que contrarrestan el vapor frío
en los márgenes de una boca cruda.

Tu cuerpo recién vaciado,
escupe oasis dentro de una aguja,
mientras tus zapatos solos
empiezan a llover sobre el mundo.

LA INCAPACIDAD DE NUESTROS LABIOS PARA CONCEBIR EL DESIERTO QUE NOS SALPICA DE PARAÍSO

Muero en los arcenes, me mata este tiempo
manipulado donde la verdad aborta en los árboles
y el aire nos mira remotamente. Las ambulancias
son el transporte actual de las pesadillas
y su destino es ese apeadero destetado
donde tan sólo la mala hierba
nos relata fábulas a última hora.

¿Y si el silencio fuera la única gramática,
y si el mundo se conjugase
en las desembocaduras, y si nuestro límite
fuera el eje de un charco?

¿Nos atreveríamos entonces a tener sed,
a plantar bulbos de poemas
y regarlos a diario con murmullos
de alfabetos tranquilos
para que sus raíces hagan de la huida
un baño horizontal y aprendan
de las urgencias vegetales
abandonadas por el sol?

Puede que cualquier idioma sufra de sabañones
cuando el frío cercena el cielo de un país,
pero el problema mayor habita
en la incapacidad de nuestros labios
para concebir la estepa
que nos salpica de paraíso,
la cicatriz que abre sus piernas
y nos pare desmenuzados, nos vomita
despiertos sobre la historia, sobre los abismos
pintados con cerezas agudas
y extremadamente crujientes
que nos recuerdan que somos azules
a pesar de los naufragios.

Nuestra mayor condena
es tener ojos sin erratas,
acudir siempre bien peinados a defender
la legitimidad de los verbos,
retorcer la vida entre paréntesis
y llegar a tiempo
al entierro final de las palabras.

EN EL CORREO DIVERSO DE LAS DISTANCIAS

A Sarco Lange

Como una mirada inédita
entre la fauna de este mundo abstracto,
la voz de las piedras levita sobre versos afónicos.

La vida es una cámara de gas
que engaña a sus viudos preferidos
con sables y cometas
y la muerte es el beso que abre su vagina
sobre las tumbas asmáticas de nacimiento.

Tenemos un cofre
simulando ser una vía láctea
en nuestros corazones,
donde guardamos las arrugas de un mundo facial
que se bebe las costras de todos los atardeceres.

A sangre fría, en este manicomio de muslos
somos sobres certificados
en el correo diverso de las distancias.

EL ESNOBISMO DE LOS AMANECERES ME PONE ENFERMA

A José A. Fernández Sánchez
Por una rabieta de juventud en
La Profundidad del Agua

El agua de las grietas
apacigua la recién levantada mejilla del sol,
es demasiado temprano para la raíz nuclear
y el corazón transgénico,
para la esperanza embotellada y para los juegos
de esos pañuelitos de celulosa
que ahora duermen en los bajos fondos
de un cocodrilo con bandolera de poli-piel.

El día irrumpe como un géiser
vomitando los secretos
empolvados de nicotinas y malos humores,
sucio de ciudades y cacahuetes
con la eyaculación de algún artista azul
entre los pechos.

El esnobismo de los amaneceres
me pone enferma,
miran por encima del hombro nuestras llagas,
las pobres, tan voluntariosas,
entrenadas para ahorcarse
entre güisquis y naufragios,

tan purulentas y educadas, tan respetuosas
con nuestras enfermedades y derivados,
y sin embargo tan mal vistas por la luz del recreo,
por las primeras fiebres del dentífrico
navegando en las costas de ese marfil gastado,
recubierto con vinagre de frambuesa
y otros humores.

Pero no hay solución posible,
la madrugada construye a diario muros de jarabe
y regresa con su crujiente música de caramelo
a molernos las sienes, a alfiletearnos
la vista con las manos blandas de rocío,
a provocarnos alergia permanente
hacia el perfume de la arcilla y la tormenta,
no, no hay remedio, creedme,
seguiremos siempre bajo la tortura
de las hipodérmicas agujas de las margaritas.

AÚN ASÍ NO HAY MANERA, LOS OJOS SE VAN LEJOS DE MÍ

Prohíbo la publicidad
en las paredes de mi vientre,
mirar desde atrás a los fantasmas,
subir la esperanza precipicio abajo,
y hacer de plañidera en el funeral del vacío.

Aún así no hay manera,
los ojos se van lejos de mí, desganados,
con su cota de malla dispuesta
a batallar con la mejilla de la tarde.
Y por más que yo intente ofrecerles
un sueño irreverente,
la mueca más pequeña de su cara
sigue sentada en una cocina que no es mía,
con el verano abrazado a una taza de café.
Me retan desde la ventana, llevan las pupilas
de paseo por las manchas de mi delantal,
y yo dormida de bruces sobre mis cementerios
dejo que las palabras me espíen,
apoyadas sobre la indiferencia
para arbitrar el vuelo del búho,
el contenido enfermo de mis maletas,
y todos mis cielos muertos.

NARCÓTICO CONTRA LA INCERTIDUMBRE

Lo dijo Espriu y también Rosales,
y ahora lo digo yo,
Vamos perdiendo a los muertos.

Vamos perdiendo a los muertos,
se deshacen poco a poco
como un alambre que estirase la tristeza,
la vejez que no cabe en el abdomen
se siembra en campos incoloros
como narcótico contra la incertidumbre.

En las muelas del día los tanques de oxígeno
son holocaustos de guitarras y armónicas,
banquetes de nubes ilusionistas
confabuladas con el desorden del sol
para encuadernar los crepúsculos
en la raya de los ojos, para lavar el matiz
del caos y dejar el silencio limpio.

Y nos quedamos con la fórmula escondida
del terror en seis letras, fingiendo la sorpresa.

NO SE DEBERÍA MOLESTAR A LOS NOMBRADOS

La tierra gotea su edad sobre la memoria,
un balance horizontal de primaveras apiladas,
con el orden de la muerte en los estantes,
y la insensatez de una luz impúber
fornicando con los nombres.

No se debería molestar a los nombrados,
porque ellos son los ojos
del exilio en los paisajes
que saben de murciélagos, vampiros,
y oraciones elásticas prendidas de la boca
de los titiriteros.

No, no deberíamos ser tan imprudentes
cuando jugamos con napalm
pretendiendo dormir los poemas
sobre la espuma del crepúsculo,
no sea que una gota desviada
apile en los estantes un nuevo cadáver.

HASTA QUE LA HUMEDAD DE LA FRASE NO HUYA HACIA EL MARGEN DEL MUNDO

Apósitos de vocales ensangrentadas
se ciñen a la premura,
bien apretados contra la primavera
impiden la hemorragia de los verbos,
que unos sobre otros, cicatrizan.

A pesar de ello,
siguen chorreando las palabras,
malhieren los besos primerizos, dilatan
geografías y cambian el color del agua,
desmenuzan los cielos prematuros,
pulverizan la tarde y se asoman,
tímidas, al extrarradio
donde algunas nubes
aún les guardan simpatía.

Pero no nos engañemos,
hasta que la humedad de la frase no huya
hacia el margen del mundo
y se ondulen las letras,
mientras no se organicen
los gritos, y la luna
haga menos fantasmagóricos los desagües,
nada dejará de ser leyenda.

DESHECHA, CONTAMINADA, MUSGOSA

Así amanezco tantas veces,
invertida y lóbrega sobre el azul del sueño.

Intento asirme,
clandestina, al final de la frase,
escapar de la ejecución de la belleza,
pero derrapo por los cuerpos
acorazados de líricas promesas,
con su armamento poético
apuntándome a los labios, y me desordeno,
caigo nuevamente sobre los desperdicios
de la pureza, sobre la basura
donde extraviamos la palabra vociferante,
la que exhibe su sexo
y lo deforma, la que nos enigmatiza
antes del incendio.

Bucal sobre el vidrio, rozando apenas
la ambigüedad de la hierba cuando ama,
así observo el luto del charco
que se atreve a insinuarme
deshecha, contaminada, musgosa.

Inaprensible

LA PALABRA ESCRIBE "MAR" SOBRE EL DINTEL DE UNA PUERTA CERRADA

Ha perdido las costuras de todos sus personajes
sobre un cielo de hormigón
convertido en accidente,
justo donde aparcan los océanos
el blanco de las alas
y el viento vende ahora sus hélices de prueba,
a una extensa población de roedores.

Se baña en humo ajeno y anda despistada,
no encuentra el arco iris lamiéndole los pies
ni sabe donde ha puesto la llave de los sueños
que no temen las alturas de la vida
y seducen al vacío en un doble mortal.
Mira con asombro
a los peces que asumen la derrota,
y se reafirma en la conciencia
de que existe la alegría, pero duele.

Tiene la misma credibilidad
que una bailarina de ballet
exudando el hollín de los mineros,
empapada en el sexo de los muelles
que han perdido el talento para el roce.

Aún así, antes de besar por última vez
los párpados de un sol exiliado en las paredes,
recuerda que tenía que decir algo significativo
a los hijos de la tarde, en la hora del recreo,
cuando los poemas
se hacen lentos y duermen solos
sobre tumbas de musgo amnésico,
olvidando lo necesaria que puede llegar a ser
la urgencia de la luna.

La palabra escribe “mar”
sobre el dintel de una puerta cerrada,
y se duerme
mirando en los andenes
cómo juegan los chiquillos
en las vías de un tren,
que probablemente, jamás llegue.

LOS MEMBRILLOS ERAN OTRA COSA

La voz en-Off de esa calle erguida,
borracha de helados y sistemas solares,
eructa sin pudor desde el vientre abierto
que los membrillos eran otra cosa,
primavera subterránea,
la plata al rojo, y piel de harina
tomando baños justos de sal y acero.

Pero yo sé que la canción del trigo
suena como entonces,
alrededor de la diáfana historia
de Sanchos y Quijotes cubiertos de huracanes
que mueren con permiso de la nieve,
las capuchas y las balas.

Los pájaros siguen siendo pájaros,
y el temblor de las tragedias
pasea cada tarde por el aguijón
de nuestro pecho,
por los relojes
que están naciendo, por los días dormidos
y por los blancos decididamente azules
que apagan con su aliento
las velas incendiadas.

HUELGA LA PALABRA

No puedo sostener la hemorragia de este cielo
que supura dinamita en la boca de mi vientre,
ni puedo decirle al cuervo
que modifique coordenadas
para un despistado norte
que nunca hace noche en mi entrepierna.

Sólo puedo ser parte y testimonio
de un compás aún no escrito,
arrancar del ojal izquierdo la luz del mediodía
y en un intento loco,
asistir al bautizo de ese mediterráneo en cópula
que encharca mis edades.

Quizá así se obre el milagro
de saberme delincuente de la hora que me queda
en esta llanura de tardes hundidas,
donde huelga la palabra y mi nombre sobra.

EL DOLOR REPTA POR LOS TRAPOS QUE GUARDAN EL INVIERNO

La vida escapa por el cerrojo de mi boca,
es urgente este frío por correspondencia
que escala el vértigo hasta el matasellos
estampado entre las sienes.

La belleza de este mundo que vive
entre una tráquea líquida
y la sonrisa tonta de la luz,
no me cabe en el cuerpo, quizá
me haya quedado con el corazón
demasiado corto.

Hay que estar atentos,
porque en este sótano salvaje,
el dolor repta por los trapos
que guardan el invierno, por las cajas
ceñidas a la oscuridad y a los secretos,
como una manifestación paranormal
del paisaje mordido que nos nombra.

Es imposible vendarle los ojos
a la militancia de esta hambruna irresoluble
donde las palabras hacen voto de silencio
en su sacerdocio de viruela espigada
que condena al sol de las fábricas
a quitarse el alquitrán de los labios.

Y no seré yo quien frustre
la arrogancia de la muerte
cuando es sabia y ordenada.

ÚNICA DAMA REAL EN ESTE REQUIEM

A Oda Sales

Llevo olvidando desde que recuerdo,
ese instante preciso
de la zozobra donde por fin todo se define,
donde el firmamento puede embotellarse
como cualquier licor barato,
sin romanticismo,
donde hay silencios de coleccionista
y las caricias también pueden ser cobardes.

Dicen que la luna nunca llora,
ni tampoco llueven soles,
que el alma es de almidón,
de poro abierto, de sudor.
Las nubes hay que dejarlas en las alturas,
y la mayor mentira es negar
-tres veces si hace falta-
las rosas negras mordiéndote la boca.

Así que aprendí a olvidar el sustantivo,
la presencia del verbo en los azules,
acepción del blanco sobre viento,
piel de agua y su alcance,
un pezón y su desmayo,
el rostro y su arquitectura.

Me quedé bailando con la más fea,
única dama real en este réquiem,
capaz de cuadrar la lágrima.

Y aquí sigo,
en la última esquina de mi sombra.

ASÍ ES LA VIDA DEL POETA INDEFINIDO

Ser amante de la sorpresa de las piedras,
de su inocencia de siglos malheridos,
con las estaciones prometidas
y los labios humeantes
de discípulos hambrientos, ser soñada
por ciudades verticales,
habitadas por la notoriedad de la pobreza,
por la dignidad de crímenes importantes
como las verdades,
ese es el sueño de los puertos
donde amarro mis orillas, donde la noche
es firme y babea tempestades
de lenguas y lenguajes, de tráqueas e infinitos.

Puede que el mediodía descanse, alguna vez,
sobre la mortífera caballería de mis dedos,
y se alinee el paisaje de este cuerpo necesario
con el significado de los oídos de un libro
que hace mucho nadie deletrea, así es la vida
del poeta indefinido, con la boca a pié de página
y el corazón en el extrarradio,
a punto de mezclarse
con la multitud de anonimatos
que se llaman como él y son felices
haciendo malabarismos en el borde del pecho,
piruetas en el límite de la nota
o construyendo su casa
en la letra pequeña de un epígrafe.

A TAN SÓLO MEDIA ESQUINA DE LA PRÓXIMA FAROLA

Sólo a dos segundos de la siguiente parada
el calor se va siempre de colonias
y al otro lado de la luna, la esquizofrenia
hace de secretaria de los sabios.

Mientras, a media esquina de la próxima farola
revientan los pétalos convertidos en profetas.
En la trastienda del quiosco,
los abrazos se regalan
con una promoción de dos por uno
canjeable en veinticuatro horas.

Y créeme, duele verte tan de lluvia
cuando apenas dos besos antes,
alguien escribía tu nombre en una servilleta.

Duele verte tan de invierno,
con todo el grave del eclipse en las espaldas,
el bolsillo un poco ronco,
(dos promesas a cuatro euros cada una),
y en la frente, la caries que enloquece
más y más en cada huida.

HE PAGADO CON MI NOMBRE EL PEAJE DEL INFIERNO

En el escote de los pronombres indecisos
se han congelado los acentos vena arriba.

Cometa en mano, y con la piel prestada,
se resguardan de las vocales demasiado fuertes
que rozan la cara oculta del lenguaje
en plena maniobra de salvamento
para un corazón
con un enorme interrogante en la muñeca.

Creedme,
de un tiempo a esta parte,
en la entrada del Hospital General de la palabra,
hacen cola los zapateros
para remendar las emociones desmedidas
en el verbo sin maquillaje de los cadáveres
que se atreven a bailar sobre sus tumbas.

Si os fijáis,
la sangre sólo ejerce de analgésico,
antes se dedicaba a ser humorista sin fronteras
ahora vende sueños de regaliz
para que nos vayamos
con los dientes desnudos y sin demasiado frío.

Pero yo soy mucho más lista
que cualquier adjetivo con toga, sí.

He pagado con mi nombre
el peaje del infierno, y ahora,
conozco la textura exacta de los halcones
a cambio de seguir arpegiando
el amarillo de los locos
y vender papelinas de poemas en desuso.

EL NOMBRE BAJITO DE MIS VERDADES AZULES

Mi vida tartamudea con el mar
y acaba dando demasiadas voces.
Sus acordes líquidos
se llenan de cansancio trasparente
y son poso de la península impertérrita
donde cumple condena el corazón.

Ya no hay tiempo que achicar,
todas mis sombras hacen aguas
mientras repiten el nombre bajito
de mis verdades azules,
a brazada limpia, por los meandros
de la soledad desamada, esa que hiere
el lagrimal y revienta la respiración
hecha hematoma.

Nada es ya dosificable,
los silencios incoloros se arriman a la derecha
mientras los nombres de verdad,
encañonan la sal
por la izquierda de todos los mapas,
de tantas costas,
tantas venas, de todas las esquinas crudas
que nunca conoceré.

Ya no soy. Mi ventana ojerosa me despide.

ENTRE EL HORIZONTE Y LA TORMENTA

Remólcame fuera de la latitud
de este crespúsculo
donde alguien sueña aún conmigo,
rota por el talle y tan dilatada desde el vientre
que me es imposible evitar la crucifixión
entre el horizonte y la tormenta.

Alguien pronuncia el liquen de mi sombra
sobre un infinito acantilado
que habla con la boca llena
y escupe a dios en cada muerte.

Si al menos me dejaran sobre el trapecio,
haría malabares con las sendas fruncidas,
las maletas inválidas y los verbos destilados,
porque el desagüe es ancho, y por sus arterias
caben muchos miedos, muchas diferencias cromáticas,
mucha mierda.

Pero no,
ese alguien me pronuncia solamente a su modo,
con su lástima lactando borradores inánimes
repletos de esporas pétreas, mientras febrero
se me cuela en las entrañas
y diluye esos humores difíciles
que pintan mis torbellinos.

Y allí sigo, entre horizontes.

EL OLVIDO IMPAR QUE ME HARÁ MADRE

Si llueve sobre mi final,
todo un mar desacorde
hará la cuenta de mis tardes obedientes,
de los labios acabados
tras el diminutivo de un beso, de las mejillas
programadas para la lágrima núbil
y demás intimidades de mi horizontalidad.

Y si la lluvia no arrecia
será el barro quien me cosa los verdes
y maquille mis paréntesis para el olvido impar
que me hará madre mientras fuerzo la tierra
con todos sus sustantivos incoloros aún.

SE ENCABRITAN MIS NOMBRES DESHABITADOS

Se encabritan mis nombres deshabitados
ante el estertor del sol
que deshace sus posibilidades bajo la cama.

Si aún casi vivimos más tarde,
pondremos a la muerte de rodillas
y en el piano de sus auroras
ejecutaremos la sonata
de todos los eclipses aprendidos.

EL PESO DEL AIRE SIN ESTRENAR

Tengo, a veces, un superávit de esquinas,
ángulos irresolubles
con los que adelgazar este cielo rojo
anegado de tardes tristes,
de anonimatos líquidos, de pequeños balcones
robando un pedazo de luz al mundo.

No es extraño encontrarse
con un exceso de grietas
por donde escapan los morados y los verdes
y una bombilla sola
habitando el invierno malherido.
Una sola bombilla capaz de devorar
lo que queda de nuestra humanidad.

Quizá sea mejor
que dejemos descansar a los días,
sí, demos reposo a las palabras
mientras laten las nubes y respiran
el peso del aire sin estrenar.

COMO SI YO FUERA OTRA

Dicen que pierdo, y tienen razón.

Mis balas
que antes perforaban lugares de sombra
aventuran ahora refugios de colores,
besos abultados
y pieles trepidantes que se dilatan
en un abrazo intemporal.

Qué será de mi pobre noche abandonada,
de mis espasmos huidos
en el umbral de esta nueva luz,
sin poder clavar mis ausencias en el calendario
y sin poder tatuarme de levedad y hielo.

Ando erizada, desconociéndome
por intimidades contradictorias,
escondida entre los nudos de la sangre
que ya no se aloja en el silencio
y que se aleja de mí
como si yo fuera otra.

TU CUERPO ES UNA JUNGLA EFERVESCENTE

Reverbero en tu boca desgarrada,
le robo al tiempo tu raíz,
cabalgo por el azul ingrávido
y borro las letras de esa aleación
llamada muerte
para poder anotar con delicadeza
el zumbido de tus pupilas, flamígero y airado,
cuando se yergue, en torno al corazón.

Tu cuerpo es una jungla efervescente
donde articulo cada recuerdo infinito
y vuelvo a ser lluvia de tu mano,
quizá un estanque redondo
repleto de pechos cíclopes
y miles de manantiales
desatando nuestras ingles.

BOREALES, ARBÓREAS Y FELINAS

Mi aguijón desnudo lacta las grafías aún torpes
de mi oleaje, que en su va-y-ven tan quieto,
asume las hogueras y reclama las caricias
suspendidas en un aire incapacitado.

Es lenta su desnudez.
Como hijas, como hojas,
se baten hinchadas
y enumeran las calles recorridas
para ver quién las pisa mejor,
quién aprende más
de los residuos y quién embiste a la muerte
más enamoradamente.

No saben que está pronta su disolución
y espumean vanidades por sus curvas,
prueban suerte, entrelazan su latido
para alzar la voz y doler,
se repiten para ser tempestad,
juegan a la ruleta rusa porque un día les dijeron
que si su fuerza era bastante,
si eran boreales, arbóreas y felinas,
quizá salpicasen una isla de papel
y viviesen para siempre.

LLEVO HINCADA EN EL PECHO TU BLANCURA

Mis dedos gimnastas siguen buscando
equilibrios asonantes, novedades presurosas,
descargas líricas, verbos alarmados
con los que anticipar la luz
y clavar tu nombre indemne
en la película sutil
de tu despedida inacabada.

Pero sólo encuentro migajas de frases
despistadas en algún cajón,
trocitos de papel germinado
que años atrás
solían oler a primavera encantada,
a sal rosa y aire hirviendo
sobre desiertos azules.

Llevo hincada en el pecho tu blancura
y sé que tu boca en desahucio
gime bajo su lápida y atenúa mis puñales.

SOBRE UN ISLOTE DE FLORES ESTROPEADAS

Se destrenza el idioma
y ofende a la lentitud del silencio
mientras un nuevo paisaje
amuebla la inocencia y la luz se precipita
sobre un islote de flores estropeadas
en una habitación ácida que no para de gritar.

Palabras salvajes garabatean el absurdo,
inflaman su sombra dilatando su temblor,
y nuestros nombres, ante tanto alboroto,
acaban descolgándose del grito,
vagabundean por los rincones,
manchan las paredes, mienten,
se cortejan y copulan como insectos,
hasta que, finalmente, el aire los retuerce
y los transforma y dejan de ser yo
para volver al eco de la ausencia,
a la intemperie, a los límites
de una habitación enmudecida.

CON LAS ALGAS BAILÁNDOTE EL NOMBRE

I

El mar encogido te hincha el horizonte,
acuna la adivinanza de tu cuerpo
y se siente culpable
por haber nacido tan líquido, sin ti.

II

Mis huesos enloquecen
sobre la vibración de un color difícil,
donde julio muere en el barranco del pecho,
y a uno le cuesta cada día más
ese azul de tormenta que nos vigila los ojos.

Pesa la sangre que vive encrespada
sobre este dintel de carne,
como balas vagabundas naufraga cuerpo abajo
y se derrama en mis playas fingidas, donde
un tajo de horizonte se cuela en un murmullo
que me busca desesperadamente la boca.

Y julio sigue muerto a pesar de los poemas,
a pesar de los músculos tatuados por esa lluvia
ceñida a tu nombre, a pesar de las tardes
arrancadas desde un recuerdo incoloro,
muy a pesar del agua inquieta y de una oración
asustada por guardarle el secreto a tus pupilas.

III
Mis venas ya no son transitables,
son como muros de viento
donde el plomo se acalambra
para inflarle las axilas al corazón.

Suenan a nombre oscuro, a mayúscula
escrita sobre la soberbia de una playa,
a arabescos carnales
bajo un cielo empalado, a asfalto largo, a calle
deslumbrada, a boca
turbia y demasiado abierta, a manos
sonámbulas adheridas al cuello del mundo
intentando ocultar la próxima muerte,
la del péndulo de mi cuerpo
abrazado al vacío.

IV
Cae su gelatina por mis labios prietos
en dirección a los peces que me habitan.

Cae a peso, y pesa
sobre mi tráquea el sudor de sus letras.
En sus mandíbulas fondean
mis buques de cartón
cortejados por horizontes repletos de delfines.

Echa a correr el día
por su olor a mar desmembrado,
y vuelve a caer, desagotando el vértigo,
amansando el incendio que me anota.

Imberbe, se detiene en la playa de mis uñas,
y con los muñones desteñidos
intenta abrazarse al verbo,
pero las enredaderas que cubren las estrofas

se adhieren a sus pómulos,
balanceándole el cuerpo sobre la página,
hasta que se aborta el grito,ese grito
que hubiera dado forma
al arco de sus cejas, a su talle
de orillas prematuras, a otra boca apretada
entre los márgenes, a un mundo de pétalos
hervidos con el nombre de un poema
entre los brazos.

V

El tiempo, a veces, se detiene en el ángulo
preciso de la tormenta, el más indigente
de los besos vuelve a poblar las esquinas
destechadas del corazón, y el frío
habita las edades de un calendario
mojado y arrepentido.

Es entonces cuando
se me tintan los ojos de un azul inesperado
y me quedo lluviosa en la suma de las tardes
que recorren enojadas el seco
desagüe de una sonrisa.

En el pretérito del mar,
tu doble muerte
tañe mis inviernos y los desgana
de otras espumas, para que yo abra
poco a poco los milagros
y te deje salir entera,
con las algas bailándote el nombre.

VI
Mis palabras conforman un sudario
de azules blanquísimos y el viento traba
sus manos sobre este mar inmutable
que me dicta, una y otra vez, los colores
que respiran tu muerte.

Este duelo líquido acaricia el papel
en el que escribo, se reinventa,
a mi pesar, en el sabor ácido de la noche
cuando la sangre es inodora,
y la luz insulsa.

Y yo espío, desde el rincón más delictivo
de las olas, la sombra inerte de ese dolor alto
que inunda, cada día, el recuerdo anónimo
de tu paisaje.

NUNCA ES TARDE PARA ZOZOBRAR BAJO EL SILENCIO

Se queja el otoño tardío en mi frente,
con el último orgasmo a punto de suicidarse
nace el aire a deshora, la ventana se destempla
y el frío abre mi sexo a la capitulación.

Los amaneceres no siempre son plácidos,
incuban colores prenatales en las pupilas,
nos ocupan
con partos imposibles de nostalgias
y huestes de nubes en los páramos,
mienten sobre la piel,
inventan nuevas rutas, nuevos islotes
donde degenerar el corazón,
mutilar los espasmos de los verbos, interceptar
la urgencia de los pulmones con drenajes de arcilla
sobre la estrofa intrusa, sobre la palabra excedente
que nos hace verídicos
y propensos a la clandestinidad.

En cambio cuando anochece,
no hay prisa para presuponernos erráticos,
para vengar el solsticio,
o emanciparnos de la existencia
que descansa resoluta encima de nuestras cabezas.
Nunca es tarde para zozobrar bajo el silencio,
para exhibir el abandono de la luz
bajo la infinita quietud de un sol fúnebre
que siempre ha creído ser
el lado oscuro de la luna.

BROTARÉ PRIMARIA, DECISIVA E INAPRENSIBLE

Mis secretos afiebrados
se adentran en la mañana,
fulgen como incendios sin límite
por las venas del sol.

Los nudos eremitas de mi cuerpo
intentan asistir
a los partos empapados de vainas,
de cortezas nuevas que abrirán
su sombra a las palabras,
como besos lumínicos
arbolados en mis sienes.

Mis restos de humanidad se callan,
se desvanecen vivos ante mis ojos,
retrocede la estrecha beldad de los milagros
y me quedo hundida
en la calma de todas esas verdades
de corazón pequeño
y latidos altos, de paraísos cortos
e inviernos arrancados al vacío.

Cuando haya bebido el veneno de la noche
que aún pernocta en mis manos,
seré agua inexpresable,
aderezo ceñido a los límites de la piel,
alma prieta, rumor escrito
sobre el vientre animal y primigenio,
y brotaré primaria, decisiva e inaprensible
sobre la sombra de mi muerte.

Marian Raméntol (Barcelona, 1966). Poeta, traductora y directora de la revista cultural La Náusea. Miembro del grupo musical O.D.I con el que ha editado vídeo-libros y diversos álbumes. Ha trabajado con músicos experimentales en múltiples recitales y performances. Ha traducido a poetas contemporáneos italianos al catalán y al castellano. Ha publicado catorce poemarios y ha sido incluida en trece antologías. Ha sido premiada en diversos concursos nacionales e internacionales, y su obra ha sido ampliamente difundida en revistas especializadas donde ha publicado poesía, ensayo y artículos de opinión. Ha sido traducida al inglés, alemán, italiano, rumano, armenio, portugués, búlgaro y estonio, y ha prologado varios libros de poesía. Su actividad en el ámbito poético le ha llevado a formar parte de festivales, exposiciones, recitales y diferentes actos patrocinados por ayuntamientos, editoriales y otras entidades culturales.

Blog personal: **www.marianramentol.blogspot.com**

De su obra se dice:

“Nos acercamos sobrevolando en círculos. Despacio. El animal desvalido serpentea en claroscuro. Un guiño, una llamada de las sombras. Finalmente nos lanzamos, temerarios, hacia la confiada presa. Y aprendemos. Cuidado con la buena poesía: muerde”**.**
Carlos Vitale (Barcelona)

“Vivimos en una época en que todos los mandamientos literarios parecen resumirse en uno: no molestarás al lector. Creo que Marian Raméntol tiene dos pértigas para saltar por encima de tanto conservadurismo: la libertad poética y la fuerza de sus imágenes”**.**
Francisco Javier Irazoki (París).

"La poesía de Raméntol nos propone una mirada a la espontánea irracionalidad del discurso, una nueva aproximación a ciertos aspectos surreales de la composición y una atenta mirada, aunque contenida, al cultivo léxico del dirty realism. No diríamos nada del otro mundo si no añadiéramos que es la suya una labor meditada en la que confluye la observación de un contexto humano; más allá: un contexto social cuya síntesis la torna líricamente escéptica. En su obra hay más cosas, y una que me gustaría destacar es su franco erotismo, pero con una variante que lo distingue: su empleo como símil para empuñar el arma crítica**".**
Manuel Martínez Forega (Zaragoza).

“No es lo mismo viajar ceñido a su tobillo que a su cuello, ni estar en su rodilla permite contemplar el mismo paisaje que se ve desde su frente”. “Veo su itinerario como el de alguien que camina sobre la arena, hacia el mar, dejando caer prenda tras prenda de un traje no preciso, y a medida que la ropa libera el cuerpo del poema, el paso se hace liviano y más firme, recorre su trayecto hacia la precisión con la firmeza de quien tiene clara cuál es la estrella del horizonte hacia la que debe mirar.” “…las palabras, magníficas y terribles, van encontrando su propio acomodo sin precisar corsé ni el ser forzadas para alcanzar su ubicación correcta.” “Compartir la palabra es, en su

caso, compartir la vida. Compartir la escritura. Compartir la lectura también lo es. Agradezco el tesón, la perseverancia, la inspiración, el trabajo, la magia, la oportunidad, el acierto, la independencia, la lucidez, y la complicidad”**.**

Federico Gallego Ripoll.(Palma de Mallorca)

En la poesía de Marian Raméntol se pueden encontrar semejanzas con las actitudes espirituales de algunos de los poetas de las generaciones recientes, tanto internacionales (Anne Sexton, Sylvia Plath) como de Estonia (Triin Soomets, Maarja Kangro). Sin embargo, en la manera expresiva de Raméntol hay algo completamente nuevo. Por un lado, se podría definir como un nuevo hermetismo, ya que las asociaciones significativas están profundamente escondidas en una espesura de metáforas y símbolos. En este sentido Raméntol sería una lejana descendiente de Luis de Góngora, el poeta que se destacó por su metáfora supra-refinada en el Barroco español (comienzos del siglo XVII). Por otro lado, la poesía de Raméntol está inmersa en un expresionismo-alegórico opuesto al hermetismo: en su imaginería se emplean los ídolos y objetos de culto de la cultura tecnológica y masiva, de la época postmoderna, así como los elementos fetiche de la lengua y del cuerpo. En realidad Raméntol se rebela en todos los planos contra la hipocresía universal y el consumismo característicos de nuestro tiempo. Bajo la corriente poderosa de la sátira y del sarcasmo se oye la voz de la poeta en su inequívoca feminidad primigenia, anhelante del amor íntegro, genuino y natural.

Jüri Talvet. (Univerdidad de Tartu. Estonia)

“Estamos ante una autora todo terreno que desea extender el sentimiento hasta desasirse de él para entregarlo a la pluralidad. Artificiosa, que no artificial, cuajada de metáforas que en la manos de otro poeta resultarían inverosímiles”

Sonia Fides (Madrid)

“Utiliza un lenguaje personalísimo: sugerente, joven duro, rico, sorprendente e inquietante. Siento sus palabras como improperios metafóricos salidos de la indefensión y la impotencia; como si el dolor se revelara contra el sistema y toda la falsedad de lo establecido**”**

Josefa Aurora Rodríguez Silvera (Las Palmas)

“Leer a Marian Raméntol significa derribar fronteras en la comprensión de variados mundos y esos mundos también son planetas repletos de visiones, de esperanzas, de bofetadas, son mundos con y sin gravedad dependiendo del rigor en el azote, una droga, un gramo funesto de cocaína que hace que uno vuelva condenadamente en la eternidad de siete versos cubiertos de amoniaco y menstruación, una suerte de electroshock literario”
Sarco Lange (Santiago de Chile)

“Notoriamente, su poesía es diferente, intranquila, intensa, profunda, llueve un lenguaje trasgresor, original, personalísimo, con el cual logra reinventar formas y dotarlas de una filosofía en la cual las sombras y la luz, la intensidad, lo cuerdo y lo alucinante, se ensamblan a la perfección, se confunden sabiamente, al punto de no diferenciase sus límites, como solo lo pueden lograr, la unión de lo cóncavo con lo convexo.
A veces se palpa algo emergente parecido a la desesperación. A veces musical. Pero esa música que rechina, que lastima sembrando huellas sangrantes como las uñas que desgarran la piel, brota de los versos cual cascada furibunda, fuego que arrasa, cual pampero o tropilla desbocada cuyos cascos logran estremecer la tierra"**.**
José Lissidini Sánchez (Uruguay).

"Una poetisa que no titubea ante las palabras. Antes bien, las busca, en los sitios y en las circunstancias más inesperados y remotos. Su obra poética gusta de las palabras fuertes.Sus poemas son un reclamo, un persistente reclamo.Ella acaricia el lado doloroso de la poesía. Marian Raméntol Serratosa desconcierta, a veces, con su lenguaje, en el que las palabras más insólitas, y las historias más raras y complejas se confunden en un solo mundo.Los versos de la poetisa son surrealistas, en su mayoría.Son versos fuertes y originales que buscan una respuesta al vacío del ser y al dolor de amar"**.**
Delfina Acosta. (Asunción, Paraguay).

“Marian construye poesía de corte absolutamente neosurrealista y neocreacionista, con imágenes con puntas de plomo, aceradas e impactantes. Su ámbito, el cuerpo, lo

cotidiano, lo íntimo, lo réprobo. Encierra toda una pajarita de papel en un sobrecito de té. La facultad de condensación licúa todo prosaísmo cansino, y hace que el lector desee descubrir cuál es la siguiente invención, la fonda donde arriba la genialidad. El gris cenital, apocalíptico, del hormigón armado, la penumbra y frialdad del loft o del almacén de libros desde el que largar un tiro mortal, acogen la autoinquina, el reproche masoquista, la empresa de autodestrucción que conforma, a la vez, un nihilismo ferviente y una amenaza fantasma: "Hace tiempo que uso la misma vestimenta que la muerte." Hembra fatal, Mata-Hari aliada de la nada que también se permite lanzar, en un alarde de grueso narcisismo, el envite de una diva: "Hay un área de descanso,/ un poco más abajo de mi vientre,/ donde para hacer noche,/ se precisa tarjeta VIP…"

Marian, madonna aperta. En definitiva, la caza de una pantera con pelambre de nocturnidad y alevosía, que crea y recrea una y mil veces sus visiones, en la paleta neorrealista de mezclar lo íntimo y lo cotidiano con lo perecedero y lo innombrable"**.**

Antonio Ángel Usábel.

Doctor en Literaruta Hispanoamericana. (Madrid)

ÍNDICE

La Náusea Ediciones

http://lanauseaservicios.blogspot.com.es/p/ediciones.html

Otras Publicaciones:

Maldiciones del lado de la sombra
Género: Poesía.
Colección Audiolibros- Formato: Audiolibro-objeto.

Julio sigue muerto a pesar de tus pupilas
Género: Poesía
Colección: Plaquettes.

Metáfora, en busca del lenguaje único & El luto de los colores.
Género: Poesía
Colección Video-libros

Ediciones Periódicas:
Revista cultural La Náusea www.lanausea.tk

Otros enlaces de interés:

Servicios literarios de La Náusea
http://lanauseaservicios.blogspot.com.es
https://www.facebook.com/lanauseaediciones

La Náusea Records
http://lanausearec.blogspot.com.es
https://www.facebook.com/pages/La-Nusea-Rec/593257850807551

CONTACTO:
lnausea@gmail.com

"Doy fe de que el libro está repleto de pensamiento, de sensaciones, de valor, de esfuerzo, de sensualidad, de secretos a voces y verdades susurradas. Un libro a bocajarro. Hay que leerlo, como hay que comer todos los días. Hay que volverlo a leer con frecuencia, como volvemos a respirar cada mañana, aunque hayamos respirado ayer. Si ese libro sorprendente no hubiera llegado a mi casa, habría ido yo a buscarlo donde fuese, para seguir en la fiesta de la buena palabra, de la amistad y la complicidad, de la poesía cuando es intensa y agarra el corazón y no lo suelta".
(Enrique Gracia Trinidad)

La Náusea
ediciones